

Entre bastidores: *Autorcete* y *Cortadillo**

Miguel Turrión**

En la Venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcuía, como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano, se hallaron en ella por acaso dos muchachas y un zagal para coordinar este número monográfico de *Panace@* consagrado a la lengua alemana. Traía la primera una montera verde de cazador, y buena disposición para la corrección de errores; la segunda, y buena disposición para la corrección de errores; la segunda, y buena disposición para la corrección de errores; la segunda, y buena disposición para la corrección de errores; la segunda, y buena disposición para la corrección de errores. El tercero venía escueto y sin alforjas, y a veces no tenía claro ni en qué sección dar cabida a un escrito o si consideraba la temática de una colaboración adecuada para *Panace@*.

Estando en esto, entró en la casa un hombre de hasta treinta años, con antojos que lo hacían grave y digno de ser respetado; el cual, así como entró, puso los ojos en Cortadillo y aguardó, expectante.

* * *

—Lo he leído varias veces y no acabo de entenderlo —sentenció Cortadillo.

—Bueno, al estar pensado para ser un texto breve, tenía un arrebató poético más marcado —repuso Autorcete—. Luego, al alargarlo más, ha perdido parte de su poesía para hacerse más convencional. En cuanto a por qué no se entiende un texto (que no sea trivial), tengo la sensación de que no depende de las capacidades del receptor, sino del conocimiento que tenga de las claves del escritor. O puede deberse a que hemos desarrollado hábitos de leer textos de corte uniforme, lineal, como suelen ser los científicos, en los que prima una lógica más deductiva.

—Sí, pero el caso es que no acabo de entender de qué hablas. Y sospecho que los lectores habituales de *Panace@* tampoco te entenderán.

Viendo que Cortadillo no quedaba contento, añadió Autorcete:

—Hay textos científicos que son oscuros, y ahí el problema sigue siendo el mismo. ¿Por qué son oscuros? A veces el autor no se explica bien, otras veces la materia en sí misma es oscura. Aunque lo más probable es que esos textos sigan una lógica más inductiva: hay que tratar de entender lo que quiso decir el autor y adivinar para dónde salen los tiros, al margen de que siempre haya que seguir un hilo argumental.

—A mí me gustaría que tu texto final fuera más meridiano. Me gusta el enfoque poético que buscas, pero el culteranismo se me atraganta.

—También puede ser que el autor lo hiciera oscuro a posta, para ocultar o enmascarar otros argumentos, puntos dé-

biles, venganzas sutiles, etc. No creo que sea mi caso, pero tampoco lo sé *a ciencia cierta*.

Cortadillo, que conocía bien aquella clase de derivaciones, queriendo dar razones de igual sentido, repuso:

—Mira, estoy leyendo a ratitos un libro del escritor egipcio Edwar al-Kharrat, *Rama and the Dragon*, del que todavía no veo adónde pretende ir a parar, es decir, cuyo sentido todavía no «comprendo», pero que sí me resulta poético, de una poesía en la que, además, se entienden las frases. Aquí tienes un ejemplo:

Your insistence on attacking, all the earnestness you meet others with, all this desperate struggle for acceptance and affection, all this search that never ceases from giving and offering—offering everything until the very end—this search, this search you cannot resist, provokes you, pushes you relentlessly to a kind of a mad desire for peace and security, for belonging and approval, for pleasing others, for the sense of being wanted and beloved. A child searching for the mast of security and a salvation net as she treads a path populated by ghouls and monsters, finds that the leaves of her green dream have withered and fallen at each blow of the wind.

»Frasas largas, sí, pero no laberínticas: de estructura académica, sujeto-verbo-complementos. Ausencia de hipérbaton. Ningún cultismo. No sé adónde me lleva el texto, pero me invita a dejarme llevar por él. Lo entiendo a la primera. Y tu texto no lo entiendo a la primera, pese a estar algo familiarizado con tus «claves».

* * *

Habiéndose ido el hombre, llamó Cortadillo al siguiente redactor, que le dijo:

—Si usted considera que el público objetivo está interesado en la información que aporta el tema que proponemos, estoy de acuerdo. Lo escribiríamos en alemán.

—De mil amores les traduciremos su artículo al español, lengua en la que, como sabe, aparecen la mayor parte de las contribuciones a la revista.

—Quedo muy agradecido por su amable ofrecimiento de traducir el texto al español. Le adjunto una publicación nuestra anterior, que tal vez ya conozca. Me alegra sobremanera la perspectiva de nuestra colaboración, entre otras cosas porque sé que tampoco en su país se acepta sin resistencia la omnipresencia del inglés en el lenguaje de la ciencia.

Contento de escuchar tales propósitos, concluyó Cortadillo:

* En alusión a la novela *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes. Interpreta el papel de *Autorcete* el colectivo de autores que firman en el presente monográfico, mientras que *Cortadillo* representa al equipo de coordinación. ¿O era lo contrario?

** Traductor de la Comisión Europea. miguel.turrion@ec.europa.eu.

—Estoy convencido de que conseguiremos hacer una traducción fiel, exacta y lo más clara posible de su artículo.

* * *

Y se volvió al siguiente autor, lo llamó y lo retiró a una parte; y allí le comenzó a decir tantos disparates sobre la insuficiente trabazón razonable y ordenada de las partes de su discurso que el hombre se puso a la defensiva:

—Yo prefiero ver un artículo de revista como si estuviese viendo un cuadro. Manteniendo las distancias, por ejemplo, no se me habría ocurrido decirle al Greco: «Sr. Theotokópoulos, a mí me parece que a ese verde, ahí en esa esquina, debería agregarle un poco más de azul. Le recuerdo también que va a venir el conde de Orgaz y, como bien sabe usted, le gustan más los lilas».

—El símil de ver un artículo como se ve un cuadro no es muy aplicable en nuestro caso. Lo sería más en una revista literaria. En cambio, *Panace@* es más bien científica, o técnica, si se quiere. Sus lectores se quedarán más satisfechos de tu artículo si haces «planteamiento, desarrollo, síntesis y conclusión».

—Es posible, pero, en mi opinión, el símil con la pintura sigue siendo apropiado. Una revista es como una exposición en una galería de arte. Obviamente, si el curador de la galería quiere un monográfico sobre el hiperrealismo, tipo Antonio López, al aparecerle un cuadro de Juan Gris se sobresalta. En ese caso, lo que hay que hacer es no colgar ese cuadro ahí, sino donde corresponda, pero no pedirle a Juan Gris que altere su cubismo hasta que suenen sus guitarras. Otra opción, claro, es decidir colgarlo como contraste.

—Puede ser que en algún momento resulte procedente no colgar ese cuadro. Pero aún no estamos en esa fase. En este momento, lo que te pido es que añadas otras posibilidades expresivas a las tuyas habituales.

—Tengo que asimilar todo eso que me dices. Me da la impresión de que estuviésemos en una sastrería confeccionando un abrigo a gusto del cliente. Abrigo, además; no otra prenda. Por supuesto, no estoy haciendo a mi vez una crítica, sino manifestando una sensación. Todas las críticas me parecen siempre certeras. Es decir, considero que quien critica lo hace de buena fe y, por supuesto, desde su óptica. Así que yo no objeto nunca nada si se me hace una crítica: tiene razón; es decir, tiene *parte* de razón, claro. Además, yo no tengo todas las variables en mi mano.

* * *

Sacó, en esto, Autorcete de la faldriquera un pañuelo rاندado para limpiarse el sudor, y prosiguió la perorata, cambiando de tema.

—La lectura de un único libro especializado de calidad me ha llevado con frecuencia a descubrir muy buenas fuentes de documentación en las que encontraba justamente lo que buscaba. Bien empleada, la escritura académica no solo tiene mucho sentido, sino que es tremendamente útil.

—Pues para mí es descorazonador que un artículo de solo diez páginas de contenido real vaya precedido de cuatro de

introducción, lleve otras tantas de bibliografía y más de cuarenta notas.

—Yo entendí por qué la escritura académica es como es leyendo bibliografía especializada alemana: ni una cita que no fuera necesaria, ni un paréntesis no merecido...

—Justamente. En cambio a mí, de pronto, se me va la vista a una de las notas bibliográficas... y veo que remite al *Wahrig*. Y luego veo que pone, como citas bibliográficas, muchas otras consultas a diccionarios. *Langenscheidt*, *Meyer*, *Pschyrembel* y tantos otros. Y empiezo a preguntarme ¿qué tiene de científico que el autor «demuestre» que se ha documentado? Yo, como lector, lo presupongo. Otra cosa es que me cuente que le ha impactado tal libro, o que ha tomado cual pensamiento de unas reflexiones de no sé qué filósofo. Pero... ¿los diccionarios? ¡Qué prolijidad! En cambio, la parte histórica inicial de su introducción no la «documenta» con nada.

—Bueno, se consignan las fuentes consultadas para elaborar el artículo. Por otro lado, todos sabemos que las listas bibliográficas no se las suele leer casi nadie y que, por regla general, los únicos que les prestan verdadera atención son los lectores que están investigando ellos mismos sobre ese tema.

—Mi tendencia es incluir lo que sea práctico. El grueso de los lectores de *Panace@* son hispanos y ni siquiera conocen el alemán. No irán nunca a buscar las referencias bibliográficas en esa lengua; para empezar, porque no las entenderían. Y si llegan a entrar, tampoco es que se encuentre uno directamente el documento citado, sino que ha llegado al sitio web en el cual buscarlo. Otro obstáculo más.

—Lo que yo sí hago a veces es echar un vistazo al tipo de fuentes que ha utilizado el autor; si son primarias o secundarias en su mayoría, si cuando habla de cosas específicas de un país ha consultado fuentes originales de ese lugar en ese idioma o no.

—Puestos a verle más inconvenientes a lo académico, a mí, como lector, tampoco me interesa saber cuándo consultó el autor tal o cual sitio web. Y cabe suponer que a otros lectores les ocurra lo mismo: ninguno de ellos lee un artículo por primera vez, y a estas alturas todos saben que las páginas de internet no son tan estáticas como las de un libro impreso. En síntesis: comprendo la justificación de cada uno de los pasos que «el mundo académico» (falacia similar a las de «los mercados» o la «comunidad internacional») exige de sus hijos antes de devorarlos. Pero cuando me los encuentro todos juntos se me atragantan. Me gustaría una presentación más liviana de todas estas referencias bibliográficas.

—Te veo un tanto obsesionado con los potenciales lectores que no sepan o sepan poco alemán. Vamos a ver, ¿tú crees que a alguien que casi no sepa alemán se le va a ocurrir querer acceder a un documento de los que cito? Yo, sinceramente, no. La mayoría de los lectores muy probablemente no sabrá alemán y se tendrá que creer (o no) lo que yo les cuento porque no creo que vayan a encontrar mucha información actual y detallada sobre el tema en español, pero tampoco creo que intenten entrar en los enlaces. Y los que sepan alemán, ahí tienen carnaza para hincarle el diente al asunto, que da para mucho. No sé, yo no veo realmente el problema de presentar bibliografía en un idioma que la mayoría de los lectores no

van a dominar ni de que se requieran ciertos conocimientos para acceder a algunos de los documentos.

—Lo que a mí, como lector medio (entiéndase, ni analfabeto y sin interés por el tema ni tampoco académico investigador) me puede interesar de un artículo como el tuyo son los horizontes generales que su lectura me abre. En menor medida, o en ninguna, tus fuentes de consulta. Mi punto de partida (e hipótesis inverificable, claro) es que el 90 % de quienes nos asomemos a tu artículo seremos «lectores medios». De esos que, buen público, van a aceptar de buena fe lo que escribes. Tú mismo dices que tampoco crees que intenten entrar en los enlaces. Partiendo de ahí, la pregunta que me surge espontáneamente es: «¿Para qué tanta referencia?» ¿Para satisfacer a un puñado de ratones de biblioteca hemos de aburrir al 90 % de nuestro público? Tampoco yo le veo «problema» a presentar la bibliografía al modo académico clásico. Lo que no le veo es mucho sentido.

—¡Y dale con la bibliografía! Al lector que no le interese, que no la lea. No veo por qué hay que darle tantas vueltas. En este tipo de publicaciones se agradece contar con la bibliografía citada y de referencia. Nadie está obligado a leerla, y viene siempre después del artículo: tiene pocas oportunidades de aburrir a nadie. Además, le encuentro muchas pegas a tu argumentación, que se basa en demasiadas presuposiciones: que el 90 % de los lectores tienen tales y cuales características y que el único motivo por el que un lector haría uso de la bibliografía presentada sería por desconfianza hacia el autor. Lo primero ya dices tú que no es comprobable; en cuanto a lo segundo, yo me atrevo a afirmar que no es cierto. Lo que realmente me dispara las alarmas de tu enfoque es que es tutelar: te fabricas un prototipo de lector, se lo impones a todos los lectores potenciales y decides por él qué necesita, quiere, puede o debe leer, y a mí no me gusta nada que me tutelén. Además, aun en el improbable caso de que estuvieras en lo cierto con todas tus suposiciones, ¿por qué producir algo solo para la mayoría si podemos producir algo para todos?

—Es verdad que, en lo que digo, parto de mis presuposiciones; «hipótesis» las he llamado. Ahora bien, que «el único motivo por el que un lector haría uso de la bibliografía presentada sería por desconfianza hacia el autor» lo dices tú, no yo. Sí que te agradezco, en cambio, el *feedback* que me das sobre mi «enfoque tutelar». Creo que tienes razón, y que es mi tendencia.

* * *

No dijo más Cortadillo, y todos los que en la sala estaban guardaron un maravilloso silencio en tanto que estuvo hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Autorcete, que fue esta:

—Como lector, a mí lo que me suele molestar son otras cosas, como que me interrumpen constantemente la lectura a base de notas. Si encima estas ni siquiera estás al pie de la página, sino al final del artículo o del libro, y luego resulta que no contienen información sustanciosa, sino que he interrumpido la lectura para leer cosas como «Hernández y Peláez,

2005» o «íbidem», se me empiezan a despertar los instintos asesinos.

—Dicen que para acceder a ciertas publicaciones, para entrar en ciertos círculos, para conseguir ciertas cosas... los autores tienen que pasar por el aro, les guste o no, tenga sentido o no. A mí no me gusta toda esa insistencia en lo importantes que son: «Figuramos en tales y cuales bases de datos, con un factor de impacto de tanto y un ranking de tropecientos». ¿Consiste en eso la ciencia? Mira, he vivido tranquilamente hasta hoy sin formar parte del mundo académico, y creo que mi placidez continuará si no lo frecuento.

—A mí ese autobombo me gusta tan poco como a ti. Lamentablemente, sí, la ciencia se está convirtiendo en esto: una lucha por aparecer en determinadas bases de datos, por conseguir el mayor índice de impacto y todas esas zarandajas. Has de saber que hay departamentos universitarios donde se dedican exclusivamente a este tipo de cosas, incluso a impartir cursos para que aprendas a jugar la partida con esas cartas. Hay gente que vive exclusivamente de esto. En mi opinión es lamentable, pero es lo que hay.

—Además, una buena parte de las referencias bibliográficas son a uno mismo, a cosas que el propio autor ha escrito. Y vuelvo a preguntarme: ¿por qué es más científico que un autor diga que ya dijo antes lo que dice ahora?

—En un trabajo de tipo académico a mí incluso me parecen oportunas esas referencias, que le facilitan al investigador o interesado en la materia seguir indagando sobre el tema.

—Vamos a ver, una buena parte de las citas bibliográficas remiten no solo a personas de nuestro círculo, con lo que siempre estamos los mismos hablando de lo mismo, sino que remiten a textos aparecidos en *Panace@*, que es precisamente donde se publicará el artículo. Casi no cabe más endogamia. Por cierto, hablando de referencias, las colaboraciones a la «Tribuna» tienen que ir precedidas de un resumen de unas pocas líneas y con indicación de unas «palabras clave», y ambas cosas en español y en inglés.

—Los «resúmenes» no me convencen nada, porque de ninguna manera pueden condensarse en ellos los infinitos matices, dudas incluidas, que fluyen por el texto.

—Yo creo que un resumen no tiene que condensar ningún matiz, ni infinito ni finito. Ninguno. ¿Qué matiz tiene el índice de un tratado de anatomía? Ninguno. Solo enumera. Y le sirve al lector para recorrer en un par de páginas los capítulos de varios tomos que suman dos mil...

—¡Alto, no es menester más! —dijo a esta sazón Autorcete—. Digo que sola esa razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza. Si hay que resumir, aquí va un resumen posible.

—Tu resumen me parece perfectamente posible. En él no tienes por qué traicionarte. Estás manteniendo tu manera de expresarte y lo único que haces es decirle a tu público: «De esto les voy a hablar». Sin hacer una simplificación para párvulos.

—El mejor resumen, el que más incentiva, es el propio título. Ese es el que debe motivar. Si no lo hace, es que el tema no interesa.

* * *

Estando en esta plática, llamaron a la puerta, y salió Cortadillo a ver quién era; oyéronlo los de dentro discutir a la entrada:

—Para mí, esto no encaja en el monográfico —proclamó Cortadillo—. Es un artículo político. De medicina y de traducción no hablas. Y, aunque sí reflexionas sobre el lenguaje, lo haces solo de modo tangencial. La cuestión de que salgan a flote temas posiblemente hirientes, como el de la responsabilidad colectiva, es verdaderamente delicada.

—¿Qué comiste? ¿No querés herir la susceptibilidad de los alemanes? —le espetó Autorcete.

—No me importa que se hable de la cuestión, pero hay que ver cómo se habla de ella, si desde el punto de vista de un historiador ecuánime o haciendo apología de no sé qué barbaries.

—Bah, me da lo mismo que me dijeras «¿De qué te la das? ¿A dónde querés ir a parar? ¡Haceme el grandísimo favor!».

—No, no es eso. Es que aún recuerdo el cansancio que me produjo hace unos cuantos años leer (¡y no lo terminé!) el libro aquel de *Las venas abiertas de América Latina*, en el que nos acusaban a los españoles de épocas pasadas y futuras de todos los males de América desde 1492.

* * *

Y, estando diciendo esto Cortadillo, llegó un caballero mozo a la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio; y esta fue toda la plática que pasó en el patio con el caballero recién venido:

—El otro día —explicó Autorcete—, en su visita, el embajador alemán hizo referencia a algo que tiene un punto de contacto con todo esto: «En Alemania no hay movimientos separatistas como aquí, e incluso los ciudadanos de Múnich y alrededores, por ejemplo, son primero alemanes y después bávaros. Y eso se acaba notando en la *marca* [en la “marca Alemania” como país]». ¿Se percibe eso así en Alemania, o más bien cada *Land* barre para casa? ¿No hay, en el fondo, una considerable disparidad de «lenguas alemanas»?

—Como de «lenguas españolas», diría yo (por ceñirme a lo lingüístico). Y acentos más o menos cerrados. Hace un tiempo vi un programa sobre una expedición al polo Sur con dos equipos de cuatro superdeportistas: cuatro alemanes y cuatro austríacos. Pues bien, a uno de los austríacos la tele lo titulaba, para que se le entendiera. En cambio, a los otros tres austríacos no los titulaban. Es decir, era una cuestión de acento individual, no nacional.

—Por lo demás, un artículo no es un teorema, sino una obra literaria y, por tanto, sin descuidar ni el fondo ni la forma, cabe más bien exigirle expresión poética, de modo que quede abierto a distintas interpretaciones, precisamente porque tiene zonas de sombra o texturas un tanto misteriosas. Eso lo hace también más atractivo, ya que siempre permite nuevos hallazgos, incluso para una misma persona. Pero, en fin, estudiaré minuciosamente cuanto se me dice.

—Con esas sugerencias editoriales quedará tu artículo más comprensible para los lectores. Como los subtítulos que le ponían a ese deportista austríaco, que me ayudaban.

—Lo revisaré, lo prometo. Pero una ruptura de los esquemas habituales —a modo de contraste estilístico— tampoco le va mal a una publicación más bien árida como al parecer es *Panace@*. En suma, es romper paradigmas de pensamiento.

—Eso no contradice en nada lo que yo decía. Ya estás rompiendo los esquemas habituales. Tanto en el fondo, por el tema que tratas, como en la forma, con el contraste estilístico. Romper paradigmas de pensamiento me parece estupendo, y esa opción la tienes totalmente abierta.

* * *

Fuese muy satisfecho el caballero, y entró luego un muchacho, de muy buen natural y entendimiento, que, como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dijo:

—Estuve mirando las páginas web de otros números de *Panace@* y llegué a la convicción de que los temas que abordo no serían adecuados para la revista.

—Yo, en cambio, creo que sí lo serían. Me sorprendes. Déjanos decidir eso a los coordinadores, ¿no?

—No; son temas demasiado específicos y que no se ajustan al marco global de «Medicina y Traducción». Comprende que me retire.

—Lo que se dice comprender, no lo comprendo. O, digamos, no lo comparto. Sé que no tengo otro remedio que aceptarlo, pero no lo entiendo. (*Aparte*): ¿qué mosca le habrá picado? Primero me dice que sí, ahora se retracta... Bueno, pues él se lo pierde y, en el fondo, me alegro: no me gustan los indecisos. De todas las maneras, ha de salir el monográfico al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos a esta parte.

Y, diciendo esto, se fue a salir por la puerta afuera.

